La mujer y los aztecas

Antonio Cajero

"¿La mujer? Es muy sencillo, dicen los aficionados a las fórmulas simplistas: es una matriz, es un ovario; es una hembra y esa palabra basta para definirla", escribe Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. No es reciente ni mucho menos excepcional el hecho de que la mujer sea considerada no sólo un ser inferior por naturaleza, sino que ha sido, entre otras cosas, motivo de una forma del racismo (sexismo), la justificación de que unos nacen para entregarse y otros para recibir (recuérdese un libro donde este tema se halla más que desarrollado: *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz); asimismo, en torno de la mujer giran mitos contrastantes; parece que únicamente puede hablarse de ella a partir de un dilema: santa o prostituta, madre o hiena, tierra fértil o sequía (¿no es Yerma el mejor ejemplo de que una mujer infértil vale, según la mayoría –hombres y mujeres–, por su incapacidad de reproducción?)

Si bien resulta complicado, y hasta espinoso, hablar acerca de la condición de la mujer contemporánea, todavía es más complejo referirse a un fenómeno lejano en el tiempo y en el espacio, cuyas fuentes no son necesariamente confiables: la sitación de la mujer azteca. Es éste un trabajo que requiere, primero, deslindarse de toda posición sexista (de lo contrario, el trabajo pierde academicidad y deviene o visceral o panfletario); después, se precisa un conocimiento vasto sobre las fuentes directas (orales y escritas) e indirectas. Éstas, se diría, son las condiciones mínimas.

Pues bien, María J. Rodríguez-Shadow cumple con estos requisitos y va más allá: en *La mujer azteca* demuestra una excelente capacidad de análisis, además de una postura crítica, y hasta incisiva, respecto de los datos que maneja. Este texto muestra, en buena medida, rasgos de erudición, así se constata, por ejemplo, en el aparato crítico, en la capacidad de discusión frente a quienes han trabajado sobre el mismo tema; es posible también distinguir cómo las ideas han sido decantadas y puestas en la mesa de discusión sin reparo alguno, como se observa en los casos siguientes: "[Meza] se dedica a hacer un panegírico [...]", "[León Portilla] mantiene una visión romántica de la sociedad prehispánica y la muestra despojada de todo significado real", "[Krickeberg] sostenía una opinión sorprendentemente moderna [...]"

A lo largo de siete capítulos, Rodríguez-Shadow busca desentrañar la situación de la mujer en la sociedad azteca: va a los antecedentes, ¿cómo es que la mujer azteca llegó a ser aquella que conocieron los misioneros y cronistas de la conquista?; diferencia entre la mujer noble y "la del pueblo"; explora, asimismo, cómo era "educada", las funciones que desempeñaba en el seno familiar y religioso, así como los diversos oficios a los que era sometida o, en todo caso, a los que se podía dedicar de acuerdo con su estatus familiar o social y hasta sexual. En el penúltimo capítulo ya se tipifica a la mujer a partir de su función sexual y los elementos colaterales a dicha función: la relación con el sexo opuesto y con el propio, el matrimonio, el adulterio, el travestismo, la violación sexual y en medio de este remolino: la mujer, no tanto la que han entregado los cronistas (hombres, y machos por antonomasia), sino una mujer de carne y hueso, más cerca de la revivificación que del panegírico.

La mujer azteca concluye con un estudio panorámico acerca de los mecanismos institucionales de dominación ideológica: cadena atada al cuello desde que la partera descubre el sexo del recién nacido.

Este libro sobre la mujer, escrito por una mujer debe leerse minuciosa, críticamente. Es posible que el lector, al finalizar su lectura, se pregunte como Beauvoir: "¿por que la mujer es el Otro?"Δ

María J. Rodríguez-Shadow, *La mujer azteca*, 3a ed., UAEM, Toluca, México, 1997.

Antonio Cajero. Concluyó los estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos (UAEM). Ha colaborado en varios diarios locales y nacionales. La editorial La Tinta de Alcatraz publicó su libro *Espejo de agua*.